

VIVIR POR TI

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3º semestre

Mejillas entumecidas por tanto sonreír. El viento acariciándote el cabello. Eres feliz. El otoño recién comenzó, las hojas de los árboles se arrastran y crean una melodía suave cuando chocan con el pavimento. El trinar de los pájaros que recién despiertan se suma al silbido de las hojas. Sientes la nariz fría y la piel se te ha puesto de gallina.

Los recuerdos de ese verano te embisten como una ola en mar abierto.

1 de mayo, 1976

Tu cumpleaños fue hace dos semanas. Tu padre acaba de comprar un automóvil seminuevo, un Chevrolet Caprice modelo 70. Ciertamente es muy receloso sobre su auto nuevo, pero fue benévolo contigo y te lo ha prestado para salir con tus amigos, con la única condición de que volvieras a casa a las 9:00 p.m. Claro que te pareció poco tiempo, pues es temprano para volver, pero decides no externar tu queja. Tu padre es un hombre muy severo, ni siquiera creíste posible que te prestara el auto, así que te callas y agradeces.

Decides ir con tus amigos a la playa. La costa está a veinte minutos del centro de la ciudad. El día está soleado y es fin de semana. Primero, se reúnen en tu casa para hacer sándwiches. Tu madre ha decidido ayudar con la preparación, incluso ha comprado una sandía para ti y tus amigos. Se despide de ti, te besa en ambas mejillas y agita suavemente su mano mientras manejas calle abajo. Tus amigos se burlan de ti, y aunque sentiste el rostro ardiendo, no la apartaste. Pasan al supermercado antes de salir de la ciudad, pues tus amigos insistieron en comprar alcohol, y tú no muy convencido, accediste.

Ya en la playa, no pierden el tiempo en entrar al mar. El agua, aunque exquisita, hace que te ardan los ojos por la sal. No te importa, nadas mar adentro y sientes la corriente acariciarte la nuca. Se te empieza a acabar el aire así que nadas a la superficie pero entonces una ola rompe justo en tu posición, te aturde y te empuja hasta el fondo haciéndote tragar mucha agua salada. Ya no sabes dónde está la orilla, estás desorientado y ya no tienes aire: estás empezando a ahogarte.

Cuando estás a punto de perder el sentido sientes una mano asirte del brazo. Lo siguiente que recuerdas es que estabas tirado sobre la arena escupiendo agua salada. El sol cegador no te permite ver claramente, pero sabes que frente a ti hay una chica, y las burlas de tus amigos confirman tus sospechas: fue ella quien te sacó del agua.

Le agradeces entre balbuceos, pero al ver que ya no estás en peligro, se aparta y se va. En tu mente solo puedes recordar el bañador rojo que usaba al momento de alejarse de ti.

La madera de la banca en la que estás sentado es lisa al tacto pero el respaldo no te parece muy cómodo, aunque siempre te ha gustado esa banca, pues te permite soñar despierto sin apartarte de la realidad.

1 de marzo de 1980

Te tiemblan las manos tanto que tuviste que pedirle a tu madre que te ayudara con el nudo de tu corbata, y mientras lo hace, sus ojos parecen llenarse de lágrimas. Susurra sobre lo mucho que has crecido y que, aunque seas un hombre, seguirás siendo su pequeño niño. Ríes y besas su mano.

Tu mejor amigo entra en la sala, te dice que ya es hora. Sin perder el tiempo, caminas deprisa hasta el altar. Los invitados han comenzado a llegar y, a los pocos minutos, el sacerdote también se acerca. Comienza la marcha nupcial y, al fondo del pasillo, tu suegro y tu futura esposa, con su excelso vestido blanco y el velo cubriendo su bello rostro, caminan hacia ti. Se te hincha el pecho de orgullo y, cuando la novia finalmente llega a tu lado, sientes el peso de las miradas.

Siempre te ha incomodado ser el centro de atención, pero no te importa en este momento. Ella pide la atención a gritos silenciosos. ¿Cómo no mirarla cuando se ve así de perfecta? Lloras cuando escuchas el “Sí, acepto” y pones la sortija en su dedo anular. Ella ríe y te pasa una mano por la mejilla, pues tus ojos están llenos de lágrimas.

Cuando el sacerdote culmina con la ceremonia y te da permiso para besar a tu esposa, tú no pierdes el tiempo. Le agradeces entre susurros por salvarte la vida y la estrechas entre tus brazos. Aunque la capilla se llenó de aplausos y de ruido, escuchas cuando ella te agradece de vuelta.

Las palomas se arremolinan alrededor tuyo, pues en el bolsillo de tu gabardina cargabas con una hogaza de pan, y comenzaste a lanzar moronas alrededor. La mayoría de la gente detestaba las palomas, pero tú aprendiste a valorarlas, tal como ella te enseñó.

14 de agosto de 1988

Saliste corriendo de la oficina a mitad de tu jornada. Llamas a la línea fija de la casa de tus padres, y agitado le pides a tu madre que recoja a tus dos hijos varones de la escuela elemental, que hoy tu prioridad es llegar al hospital: hoy nacerá tu tercer hijo.

Manejas sin cuidado, te pasas varios semáforos en rojo, pero finalmente llegas a la clínica. En la recepción preguntas por tu esposa. La enfermera te señala la habitación en la que está. Corres y desde el corredor escuchas su voz quejosa.

Cruzas el umbral y la ves: su vientre abultado, sus mejillas enrojecidas, el rostro perlado de sudor, las cejas arqueadas. Pronuncia tu nombre y corres a su lado, tomas su mano y besas sus nudillos.

Su madre también está ahí y, cuando por fin llegas, sale por un vaso de agua. Pasa casi una hora cuando el doctor señala que es momento de pujar. Ella aprieta tu mano y puja y puja y puja. Lágrimas se le escapan de los ojos y niega con la cabeza. Te dice que ya no puede más, pero el doctor le pide un último esfuerzo.

Tus dedos están blancos por la fuerza que está ejerciendo sobre ellos, pero no la detienes. Puja una última vez y entonces el llanto infantil invade la sala. Aliviada, deja caer la cabeza hacia atrás, sonrte y llora.

El doctor los felicita con la noticia de que es una niña. Estás extasiado, siempre quisiste una niña. Las enfermeras cubren el pequeñísimo bulto en una manta blanca y lo depositan en los brazos de tu esposa. La bebé no para de llorar, pero ustedes están ebrios de alegría.

Se te acabó el pan y, al ver que no queda más, las palomas comienzan a irse de una en una. Pierdes la noción del tiempo mientras miras el horizonte, pero el rechinar de los columpios te devuelve una vez más a la realidad.

—¡Abuelo, mírame!, ¡mírame!

—Te veo, pequeña —le gritas desde la banca.

La nena da un saltito antes de que el columpio se detenga, se tropieza y cae sobre el césped lodoso. Sus medias de corazones ahora tienen una mancha de barro.

—Mira eso, tesoro, ahora tu mamá nos va a castigar a los dos.

La niña no responde, sino que se limita a intentar sacudir la mancha de sus rodillas.

—¿Tienes hambre?

Asiente con la cabeza.

—¿Quieres que volvamos a casa y veamos si tu mamá cocinó algo?

Frunce la nariz.

—La comida de mami sabe fea.

—Bueno, mi niña, no la puedes culpar, porque yo le enseñé lo poco que sabía.

Tomas su mano y caminas. La niña da saltitos y evita pisar las líneas.

—¿Y a ti quién te enseñó?

Ríes.

—Lo poco que aprendí, lo aprendí de tu abuela. Ella era la mejor cocinera del mundo.

—¿Y por qué no cocina ella?

Te detienes. Sonríes y haces el esfuerzo por cargarla.

—Cada vez pesas más, tesoro —besas su frente—. Tu abuela se fue de vacaciones, pero ya no puede volver.

—¿Por qué? —pregunta la niña preocupada.

—Verás, resulta que el avión llegó a una playa muy bonita, pero el avión se averió y ahora no puede regresar.

—¿Y por qué no vamos por ella?

—Porque entonces nosotros también quedaremos varados en la isla. Pero no te preocupes, tesoro. Todas las noches antes de dormir hablo con ella.

—¿Y qué te dice?

Sientes los ojos llenársete de lágrimas, pero evitas llorar.

—Dice que ella nos extraña tanto como nosotros y que lamenta no poder verte crecer.

—¿Puedo hablarle la próxima vez?

Ríes ante la inocencia de la niña.

—Claro que sí, tesoro. La próxima vez hablarás con ella.

La niña comienza a contarte su día en el jardín de niños y tú, sin dejar de ver el cielo azul, sonríes y la recuerdas sabiendo lo imposible que sería dejar de amarla, aún después de la muerte.

Porque, aunque la tristeza te embargue, te sientes afortunado de haber compartido una fracción de tu vida a su lado. Tú se lo prometiste el día en que decidiste que así iba a ser:

“Yo moriría por ti”, dijo ella.

“Y yo, yo viviría por ti”, le respondiste.